

voces «¡A las armas!»—«¡Traición, traición!», se grita por una y otra parte, y se empeña el combate en toda la línea.

El espacio que ocupa hoy la magnífica calle de Rivoli, á la que da la fachada Norte de las Tullerías, ocupábanlo entonces multitud de callejuelas, que desembocaban en la calle de San Honorato, paralela el río. Desde estas callejuelas y desde la margen del Sena, á un tiempo, atacaron los seccionarios el palacio. Habían apostado sus mejores combatientes en las gradas de la iglesia de San Roque, y dueños de las calles adyacentes, desde las ventanas de las casas fusilaban impunemente á los artilleros, que por tres veces tuvieron que abandonar los cañones. Tan mortífero era el fuego que se les hacía. Los patriotas del ochenta y nueve los salvaron, apoderándose una tras otra de las casas y avanzando penosamente hacia San Roque. Mientras tanto, Bonaparte barria por la parte del Sena toda la extensión del malecón con el fuego de sus baterías, al extremo de que los seccionarios, deponiendo toda resistencia, fueron dispersados por los regimientos de línea. Sin perder momento, Bonaparte vuela en auxilio de los patriotas; emprende vigoroso ataque, se apodera de la iglesia de San Roque; hace adelantar sus baterías por la calle de San Honorato, y rechaza á los seccionarios con un fuego de metralla dirigido en todos sentidos. Desde este instante, todo fué confusión en las filas de los guardias nacionales. Bonaparte, que había mostrado hasta entonces una energía implacable, se contentó con disparar unos cuantos cañonazos con pólvora, para acabar de espantar á los insurrectos, y al día siguiente por la mañana, ocupaba todos los puntos importantes de la ciudad. La victoria de la Convención era completa.

Los vencedores no abusaron de la victoria. No se cometió un solo acto de crueldad ni de venganza. Solamente los cabecillas fueron sometidos á un consejo de guerra, que si dictó varias sentencias de muerte, como se dejara á los procesados facilidad para escaparse, no hubo más que dos ejecuciones: la del emigrado Lafont y la del presidente del tribunal criminal del Sena, Lebois. La ciudad no tardó en reponerse de la conmoción que le causara el choque, y nadie volvió á pensar en oponerse al nombramiento de los dos tercios. Este triunfo de la Convención devolvió el predominio á las ideas revolucionarias. Las tribunas, ocupadas hacía tiempo por la Juventud dorada, llenáronse otra vez de terroristas, de los patriotas del ochenta y nueve. La masa de los diputados del centro, girondina á principios del noventa y tres, dantonista durante algún tiempo, dócil sucesivamente á los gritos de Heber y á los gestos de Robespierre, que tuvo por guía á Tallien desde Thermidor y á Lanjuinais desde Germinal, aquella masa nula y sin convicciones, se agrupó ahora alrededor de Sieyes y de Chenier, que rechazaban con el trueno de su palabra toda medida de templanza. La izquierda pidió la excarcelación de los patriotas presos, la rehabilitación de los diputados arrestados y la expulsión de los emigrados y de los sacerdotes refractarios. Esta reacción revolucionaria cobró todavía nuevo vigor cuando, á partir del

doce de Octubre, se empezó á conocer el resultado de las elecciones. En las tres cuartas partes de Francia fueron elegidos, para el tercio libre, aristócratas, constitucionales y realistas declarados; para los dos tercios de la Convención, moderados y girondinos, con unos cuantos diputados oscuros del centro, siendo derrotados, por una gran mayoría, thermidorianos independientes y jacobinos. Los predilectos de la opinión fueron los jefes girondinos. Lanjuinais resultó elegido en setenta y tres departamentos; Boissi d'Anglas, en setenta y dos; Pelet en setenta y uno; Peuteoulant, en treinta y tres; Thibaudeau, en treinta y dos. Estos diputados dieron á conocer inmediatamente el departamento que querían representar, para que los electores pudieran reemplazarles en los restantes; á pesar de lo cual quedaron todavía ciento cinco puestos vacantes, cuyos representantes á la Convención correspondía designar, conforme al decreto de Fructidor. Los diputados derrotados no podían reprimir su furor. Diéronles ocasión de manifestarlo unas notas halladas en los papeles del abate Lemaitre, individuo de la agencia realista preso por la policía á consecuencia del trece de Vendimiario y que fué condenado á muerte. En estas notas se nombraba á Lanjuinais, Boissi d'Anglas, Lesage y Lariviere como amigos de la monarquía; decíase de Tallien que, desde Quiberon, no había que fiarse de él, y se presentaba á Saladin, amigo un tiempo de los girondinos, y á Rovere, exterrorista, como secretos directores de la insurrección de las secciones. Pero no se daba ninguna explicación, no se citaba ningún hecho, no se aducía ninguna prueba; por lo que las notas no tenían importancia. Se la dió el estado de excitación de los ánimos. El Comité de Seguridad general presentó, al quince de Octubre, sobre la gran conspiración del partido del extranjero, un informe por el estilo de los de Amar y de Saint Just, y que algunas voces pidieron que se imprimiese Tallien, que acababa de reconciliarse con Sieyes, Barras y Freron para derribar á los moderados y resucitar la Montaña, se levantó á apoyar la proposición de que se imprimiese el informe, alegando que la Convención debía al país la verdad entera, que se le debía decir quienes eran los que se habían esforzado durante tanto tiempo en paralizar la acción de los que querían traer la asamblea electoral de París á buen camino. Las tribunas aplaudieron estrepitosamente. Tallien continuó acusándose á sí mismo de haber guardado silencio tan largo; y como la izquierda le gritase «¡Los nombres, los nombres!», se mostró dispuesto á decirlos si la Convención se constituía en sesión secreta. El público desalojó al punto las tribunas gritando «¡Viva la República! Salvad á la patria!». Entonces Tallien tuvo la osadía de acusar de traición y de conspiración realista á los diputados nombrados en los papeles de Lemaitre, sin parar mientes en que aquellas notas nada significaban. La Asamblea tuvo el buen acuerdo de desechar la acusación: pero decretó, á propuesta de Louvet, el arresto de Saladin y de Rovere, que habían sido de los más violentos perseguidores de los patriotas.

Contribuían á exasperar los ánimos las infaustas nuevas que se recibían de los ejérci-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

tos del Rin, debidas á la traición de Pichegru, alma servil, insensible á la libertad y á la república que necesitaba de un señor que le mandase, y como ya no tenía sobre sí al gran Comité, ni á Robespierre, ni á Saint-Jus, se volvió hacia el pretendiente Luis XVIII. Durante el mes de Agosto se concertó el precio de la traición, que no fué grano de anís: nada menos que el título de mariscal de Francia, el gobierno de Alsacia, el castillo real de Chambord, un millón contante y sonante, doscientas mil libras de renta, un hotel en París y poner su nombre al pueblo que viera la luz. Discutiendo se hallaba Pichegru con Condé la manera de llevar á cabo la traición, cuando se recibió del Comité de Salvación pública la orden de pasar el Rin. Pichegru, con el ejército del Rin-Mosela, por entre Huninga y Brissach; Jourdan, con el ejército del Sambre-Mosa, por la parte de Westfalia. Jourdan preparó á toda prisa cuanto estimó necesario para efectuar el paso por las cercanías de Dusseldorf; Pichegru no se movió, viendo lo cual el general austriaco del alto Rin, Clairfait, envió refuerzos á Wurmser, que mandaba en el bajo. Esto no obstante, Jordán efectuó el paso del río con habilidad y vigor; dispersó un cuerpo de austriacos que defendía la margen derecha, y el seis de Septiembre se apoderó de Dusseldorf, con ciento sesenta y ocho cañones. Pichegru á instancias del comisario Merlin de Thionville, se puso, al fin, en movimiento, mas no para pasar el Rin; descendió, conforme á nuevas instrucciones, río abajo hasta Manheim, que capituló el diez y ocho de Septiembre, á la simple amenaza de bombardeo. Dueño de Manheim, érale fácil á Pichegru unirse á Jourdan en la margen derecha y desbaratar juntos el ejército austriaco del bajo Rin, antes que el del alto tuviese tiempo de ir á su socorro; mas no hizo tal, siguió en la margen izquierda con el grueso de su ejército, del que destacó en mal hora contra Heidelberg un cuerpo de diez mil hombres, que á los pocos días fueron destrozados por fuerzas superiores. Aun podía Pichegru reparar el fracaso de Heidelberg, desembocando por Manheim con todas sus tropas, como se lo pedía Jourdan antes de que Clairfait y Wurmser acabasen de unirse. Tampoco lo hizo, dejando á Jourdan al otro lado del Rin, en situación por todo extremo crítica, esquilado con ir y venir de tantos ejércitos el país que ocupaba, y sin poder extenderse por el territorio vecino, puesto bajo la protección de Prusia. Entonces, agobiado por la miseria, de la que no se había visto libre en medio de sus triunfos, el excelente ejército del Sambre Mosa perdió la paciencia y se insubordinó. Clairfait redó las posiciones de Jourdan, atravesando el territorio neutral de Hesse, sin que los prusianos hiciesen respetar la neutralidad, y esto obligó al general francés á emprender la retirada el diez y siete de Octubre, repasando tristemente el río que unos días antes pasara con tanto arrojo y tantas esperanzas. Pichegru podía estar satisfecho; su perfidia había hecho abortar una campaña que debía haber sido gloriosa y decisiva. La retirada de Jourdan envalentonó á los austriacos, que tomaron la ofensiva en la misma margen izquierda del Rin, descargando terribles golpes sobre los ejércitos franceses.

Las noticias de estos desastres aumentaban en París el furor que á la izquierda causara el resultado de las elecciones. Realmente, había que mirarse mucho en las personas á quienes iba á confiarse la suerte de la República. El triunfo de los realistas dentro se ofrecía aparejado con el triunfo del extranjero en las fronteras, lo que lo hacía antipatriótico. ¿Podían los revolucionarios, podían los franceses resignarse á perder, no ya los derechos consagrados por la Constitución, mas también la grandeza de la patria, la supremacía en Europa que diera á Francia la Revolución? Nada tiene de extraño que se pensase ya en anular las elecciones, que en el Sud-este se habían efectuado bajo la presión del puñal de los contrarrevolucionarios, ya en que la Convención nombrase á los jefes del nuevo gobierno. Bentabole manifestó que la Revolución podía darse por muerta si la Convención no procedía á elegir inmediatamente á los directores de entre sus individuos; Dubois-Crance expresó temores muy vivos acerca de la composición del Consejo de los Ancianos, y el partido democrático llegó á atacar la validez de las elecciones, «manchadas de realismo y traición». No había tiempo que perder. Se estaba á veintidós de Octubre, y el veintisiete habían de celebrar su primera sesión los dos Consejos. Barras, que ejercía en estos instantes poderosa influencia, como jefe de la fuerza armada, salió á la palestra en defensa del proyecto de anular las elecciones. En fogoso discurso, fulminó rayos contra las potencias extranjeras, los realistas y los emigrados; acusó de traidor al general Menou, se desbordó en insultos á las elecciones parisienses y á los electores franceses en general. «Si dejáis, dijo, las riendas de la Revolución en manos sospechosas, ¿quien podrá estar seguro de su porvenir?»—«La salvación de la patria correrá inminente riesgo, exclamó Garnier, si en los cuatro días que nos quedan de gobierno, no sabemos aprovecharnos de la victoria». Un regimiento de caballería acampaba en el jardín del palacio; la artillería custodiaba los alrededores del edificio, y en las tribunas ruidosa muchedumbre coreaba con sus aplausos los discursos de la Montaña y ahogaba con sus gritos y amenazas la voz de la derecha. La masa de la Convención parecía hallarse intimidada, como en el dos de Junio. En estas circunstancias, sube Tallien á la tribuna á formular en definitiva la proposición, «Dentro de unos días, dijo, ocuparán estos bancos realistas condenados por nuestros Consejos de guerra, y que en menos de tres meses habrán llevado á cabo constitucionalmente la contrarrevolución»; y para prevenir esta desgracia, propone que se nombre una comisión de cinco individuos, encargada de presentar en el plazo de veinticuatro horas, un informe acerca de los medios de salvar á la República. La proposición fué votada, y nombrados de la comisión Tallien y otros cuatro montañeses.

Al día siguiente, todo el mundo esperaba con no disimulada ansiedad las medidas que los cinco iban á proponer, y que tenderían seguramente á retardar el establecimiento de la Constitución. Bien que la mayoría fuese opuesta al pensamiento de Tallien, y que éste, renegado dos veces, inspirase, por su venalidad é inconsistencia, aversión á la mayor parte